

LIBERTAD DE CULTOS

I

Por un encadenamiento demasiado lógico de ideas y de acontecimientos, nos hallamos en el período más florido de la libertad. Las ideas, dando vida y comienzo a los hechos, robusteciendo y apoyando a las ideas, han ido levantando este soberbio templo de la independencia en el que cada pasión tiene su altar y su ídolo. Lutero, proclamando el libre examen y despreciando la autoridad de la Roma dogmática, preparó el terreno, destruyendo lo ya edificado, con su omnímoda libertad de conciencia, libertad que habían de interpretar con los hechos las sangrientas luchas civiles de los aldeanos en Alemania y los salvajismos y atropellos de los Hugonotes en Francia; Rousseau, enseñando en su «Émilio» la religión natural, y deduciendo abiertamente la tolerancia de todas ellas, abría las zanjias y echaba los cimientos sobre los que el Filósofo de Koënisberg sino a levantar las paredes maestras, sriviéndose de la plumada de su severa «crítica de la razón pura» y apoyado en los eternos y venerandos principios de la razón autónoma. La revolución Francesa supo decorar las paredes de ese gran templo de la inteligencia sin Dios, con los letreros de los derechos del hombre, hallados por una casualidad inesperada entre el alboroto de los Clubs Jacobinos. La cúpula de este edificio la puso el liberalismo, cristalización informe y monstruosa de principios religiosos y antireligiosos con predominio de la razón sobre la fe. En este templo tienen su ara y sus adoradores las libertades todas; libertad de pensamiento; libertad de cátedra, libertad de discusión, libertad de imprenta, de asociación, libertad de conciencia, libertad de cultos. Y sin embargo de ser esto así, jamás el hombre ha sido menos libre. Parece esto todo una paradoja; nada más natural. Si la libertad radica en la naturaleza del hombre, todo lo que *luche con esa naturaleza*, todo lo que tien-

N. B. Leídas estas líneas en una reunión de amigos por vía de solaz, sin soñar en que un día había de caer en otras manos más severas, no es extraño se descubran a veces ciertos lunares, que de intento no hemos querido que desaparezcan.

de a despojar a esa naturaleza de sus atributos de sus propiedades y relaciones esenciales por fuerza ha de ir directa o indirectamente contra la libertad. Más cuerdos los católicos, escolásticos y no escolásticos, redujeron esa interminable serie de libertades a esta sencilla división, por otra parte la única verdadera: dividían la libertad en física y moral. Por la primera daban al hombre la libertad psicológica, el poder físico sobre los actos de la voluntad, la exclusión de toda violencia exterior e interior, libertad naturalmente incoartable, y que Dios respeta y no violenta: por la segunda le concedían la potestad ética o moral, el poder o facultad de obrar, con ayuda de la libertad física, lo que es conforme al orden.

Cosas tan elementales y sencillas como éstas, aún no las han llegado a comprender los siempre trascendentales alemanes (válgales la modestia), ni los sabios de nuestros días que abogan por la divinización de la razón. «El hombre es libre», nos repiten día y noche en todos los tonos; «puede por lo tanto pensar lo que quiera, hablar y escribir lo que quiera, creer lo que quiera, practicar la religión que quiera». Detengámonos y analicemos. «El hombre es libre»: ¿Se quiere decir con eso que puede obrar los actos físicos de pensar, hablar, creer, y adorar lo que quiera? No hay duda ninguna; es precisamente la tesis psicológica cristiana del libre albedrío. El Santuario de la voluntad solamente Dios le puede franquear, pero Dios ha renunciado a este derecho. No, jamás los católicos hemos negado esta libertad; al contrario, gustosamente hacemos nuestras aquellas palabras del inmortal autor del Ensayo «El libre albedrío del hombre, escribe con aquel sintetismo paradójico, expresión de su mirada universal y despreciadora de detalles, es la obra maestra de la creación y el más portentoso, si fuera lícito hablar así, de los portentos divinos. A él se ordenan todas las cosas invariablemente de tal manera que la creación sería inexplicable sin el hombre, y el hombre sería inexplicable no siendo libre. Su libertad es a un tiempo mismo su explicación y la explicación de todas las cosas. ¿Quién explicará empero esa libertad altísima, inviolable, santa, tan santa, tan altísima y tan inviolable que el mismo que se la dió no se la puede quitar (aquí las palabras de Donoso van más allá de su pensamiento), y con la cual puede resistir y vencer al mismo que se la dió con una resistencia invencible y con una tremenda victoria? (*)» Tiene pues el hombre, según el dogma católico, libertad psicológica. Pero con esto nada se dice

(*) Se entiende una vez que ha querido que el hombre sea libre.

en ética. Cuando se asegura que el hombre es un ser libre en moral no se quiere decir si puede o no puede poner tal o cual acto interior, sino si puede hacer esto sin responsabilidad, sin infracción de leyes morales, como al preguntar si un hombre puede matar a otro no se pregunta sobre la posibilidad de la acción física, sino sobre su licitud. En este sentido ¿es libre el hombre para pensar, enseñar, creer? ¿Es libre para abrazar la religión que mejor le acomode? Tratar por separado la cuestión, aplicándola a cada una de las libertades, además de largo y enfadoso, resultaría casi inútil, pues que las pruebas casi son unas mismas. Así me concretaré a la de cultos, la cual no es más que la aplicación de la libertad de conciencia.

II

LIBERTAD DE CONCIENCIA

Es la conciencia aquel juicio práctico del entendimiento que se forma por una como conclusión al menos implícita sacada de los primeros y generales principios morales. Y aquí es de ver, como de paso, de qué manera por las palabras de esta definición vienen a tierra las cavilaciones o teorías de la moral independiente y de la autonomía de la razón; porque si ese juicio constitutivo de la conciencia moral está sacado por vía de conclusión silogística de los primeros principios morales, y estos son inmutables, como lo es la naturaleza racional que los funda, se ve que la conciencia no puede formarse unas veces de una manera y otras de otra, como pretenden Coignet y Kant. Pero sigamos adelante. Siendo la conciencia un juicio práctico, según que este sea verdadero o falso, será ella también falsa o verdadera. En esto no hay dificultad. Sobre esta conciencia pues, en estos dos estados se pregunta: ¿Es libre? Por que para mayor claridad la consideraremos en dos fases o tiempos. ¿Se da libertad de conciencia? es decir: ¿puede uno juzgar que una cosa es lícita o ilícita a su gusto y placer? Segundo: ¿Se da libertad de conciencia? o ¿puede uno después de formado tal juicio y dictamen práctico proceder conforme a él en sus actos así internos como externos? Como se ve la solución en ambos casos es distinta. Entendida en el primer sentido la libertad no es otra cosa que la libertad de opinión, acerca de la cual fácilmente se ve en qué límites deba contenerse. En el segundo, la solución varía, según que la conciencia sea errónea o recta. ¿Le dicta a uno su razón que tal cosa debe hacerse, y que en hacerlo obra conforme a la naturaleza racional y de hecho es así? Ni él puede proceder de otra manera ni

los demás (salvo el caso raro de colisión de verdaderos derechos) oponerse a que en sus actos se amolde a esa su rítmica y verdadera creencia... En cuanto a lo primero es evidente, dice Cathrein; porque la conciencia en el caso en que estamos es verdadera, es decir, manda o prohíbe un acto moral en virtud de una aplicación de los principios generales e inmutables de moralidad; si es verdadera, es la manifestación imperiosa de la ley natural concretada a un caso particular. ¿Cómo pues ha de poder el hombre racional o prescindir en su conducta de la conciencia, o, lo que es peor, oponerse a ella, despreciar sus voces y proceder en contra de sus máximas? Este derecho y esta obligación llevan consigo entrañado otro derecho y otra obligación, sin los cuales aquellos primeros serían fórmulas vacías de sentido, y mandatos imposibles. En efecto si este derecho y esta obligación han de ser algo real, debe uno poder tanto en la vida práctica como en la pública acomodarse a ellos, de lo cual brota espontáneamente en los demás una obligación de no impedir esas manifestaciones necesarias de la conciencia. Porque ¿quién debajo de Dios hay que se crea con bastante derecho para impedir legítimamente la ejecución de la ley divina que el autor de la naturaleza grabó en la criatura con caracteres tan imborrables y claros? ¿Quién puede al sí del criador y Legislador universal oponer su veto particular? ¿No es esto una contrariedad? Todo poder legítimo viene de Dios, toda potestad verdadera de Dios descende. ¿Pues en qué cabeza cabe que el poder participado de la criatura pueda legítima y válidamente oponerse al poder infinitamente participable? Si esto es verdad, como lo es, no hay duda que si la voluntad de Dios así manifestada por la conciencia es que la criatura obre de tal o cual manera, no puede otro ninguno, ni privado ni público, oponerse, ni prohibir esa expresión externa de la conciencia. ¿Qué aplicaciones no podrían hacerse aquí de esta doctrina a la política atea, indiferente y liberal en sus relaciones con el culto? Consideradas a la luz potente de estos principios tan naturales y obvios como la naturaleza de que dimanar, las represiones del culto católico, las vejaciones de las órdenes religiosas ¿qué son sino intrusiones, hablemos más claro, entrometimientos ilegítimos del gobierno en terreno que le está vedado, violaciones de derechos que se halla obligado a respetar y caso siempre a proteger positivamente, siempre negativamente? ¿Qué son sino sacrilegios y profanaciones del santuario de la conciencia, sacrilegios y profanaciones que aquí fácilmente se disculpan y ahogan con otros sacrilegios y otras profanaciones, pero que Dios anota en

el libro eterno de las conciencias como quebrantamientos de la ley natural, derivación y reflejo de la ley inmutable y eterna?

Hay con todo un caso en que, si las proposiciones asentadas hasta aquí son verdaderas en su primera parte de la obligación en cada uno a seguir exteriormente sus juicios prácticos, no lo son en todo su rigor por lo que tocan a la que el público tiene de respetar esa obligación y ese derecho. Supongamos por un momento que la conciencia de este hombre sea falsa. Ciertamente es que, si es invencible, (hipótesis no imposible y verificable en los países cismáticos y protestantes), el que la tiene está obligado a no apartarse de ella. Por lo que a los otros hace, no pueden emplear contra él fuerza física sino corregirle con razones. Y para explicarme con más claridad, afirmo que no se puede usar de la fuerza física con la intención de obligarle a proceder de otro modo; aunque, como juiciosamente advierte Cathrein, si al seguir sus juicios, el que se ha formado conciencia errónea, chocare con derechos públicos o privados, deberá aquel, según la ley de colisiones sucumbir como más débil. Pero repito que es una hipótesis apenas sin aplicación en países católicos y de Constitución Católica.

Por lo dicho hasta aquí podría tal vez frotarse las manos de contento y entonar el «io» del triunfo el librepensador y el libreculista. Pero reflexionen un poco, y verán que no afirmamos, ni podríamos afirmar la absoluta libertad de pensar y obrar, sino aquella que está basada en la misma naturaleza humana, aquella que no prescinde de las relaciones esenciales de la criatura, aquella en fin que tiende a perfeccionar esa misma naturaleza esencialmente dependiente, no a destruirla.

III

LIBERTAD DE CULTOS

Al entrar en este párrafo se ocurren inmediatamente estas tres preguntas. ¿Qué es religión? ¿Tiene el hombre algunas relaciones que a ella le ligan? Si las tiene ¿cuáles son estas? De la respuesta a estas tres preguntas brotará espontánea y naturalmente qué es lo que de la libertad de cultos se debe sentir, hasta qué punto se puede ir en esas libertades, y de dónde no es dado pasar. Si no acierto a dar gusto a todos en la exposición, no se me podrá al menos echar en cara con justicia haber prescindido de la naturaleza de las cosas, y filosofado al modo trascendental, o por mejor decirlo, según las leyes apriorísticas del sonambulismo ideológico alemán.

¿Qué es Religión? «Religión, dice Cathrein, en su sentido más estrictamente propio, es aquella virtud moral especial que empuja al hombre a honrar a alguno por la especial honestidad que brilla en dicho acto.» No es ésta la religión que ahora buscamos, pues bajo este nombre así explicado cabe el respeto y reverencia, que, como hace notar el citado autor en su *«Moralphilosophie»*, «se puede prestar a los iguales y subalternos, mientras que venerar y adorar sólo se puede a aquel que nos sobrepasa en dignidad y excelencia y por cualquier modo nos infunde admiración». Y poco después «aquella particular y preferente especie de reverencia que debemos a Dios como a fuente de todo ser, y como a Señor absoluto de todas las cosas se llama religión o culto de Dios o también culto religioso». Más breve: En el nombre de religión van incluidos todos aquellos deberes y oficios de virtud que median entre la criatura y el Creador. Esta definición puede considerarse objetiva y subjetivamente. Si lo primero, será el conjunto de verdades y de obligaciones del hombre con respecto a Dios; si lo segundo será la religión una virtud que inclina a seguir en la práctica aquellas verdades que constituyen la objetiva. Todavía podemos dar una segunda división en teórica y práctica, según que quien la tiene se limite a admitir o desechar algunas verdades relativas a sus deberes para con Dios, o pase más adelante, y en las manifestaciones externas siga tales o cuales principios. Estas dos clases, que en la realidad nunca o casi nunca van separadas, todavía se distinguen de alguna manera y fundan dos especies de libertad: libertad para pensar lo que quiera de sus relaciones para con Dios, y libertad de acomodarse en la vida a esos principios.

De la primera poco o nada hay que decir, después de lo arriba expuesto, cuando condenábamos la libertad omnímoda de pensamiento.

Puesto en este terreno la cuestión, preguntamos a los que deslumbrados por los mezquinos destellos de su razón proclaman libertad de cultos. ¿El hombre tiene algo que ver con la Religión? Si es así no puede llamarse absolutamente libre. Kant en manera alguna puede pasar por esto, porque dando al hombre por fin a sí mismo, sujetando el alma a sí misma, y levantando a su alrededor los muros de una autonomía absoluta, rompía lógicamente todos los vínculos de la voluntad, ajena a todo influjo exterior, aunque éste venga de Dios. Bien es verdad que por una feliz inconsecuencia, como observa Menéndez y Pelayo, vino a levantar en virtud de un postulado de la razón práctica lo que su demoledora razón pura en

el orden especulativo acababa de destruir. Pero por muy alto que Kant y el liberalismo moderno proclamen la independencia del hombre, siempre será verdad que éste de Dios viene, y en Dios vive, y a Dios va. Por venir de Dios debe todo respeto y reverencia al Ser Supremo que le dió esa naturaleza, abrazo misterioso del espíritu con la materia, lazo de unión entre el mundo de los cuerpos y el suprasensible de los espíritus; por estar como anegado en Dios, que todo lo llena con su inmensidad, y a todo se halla presente para sostenerlo en el ser, está obligado a no oponerse en nada a su voluntad, pues de ella le viene cuanto es y el mismo continuar siendo. Pero, como si esto fuera poco, Dios es el objeto de nuestra felicidad, y a El tenemos que ir a parar; de manera que nuestro ser está por todas partes ligado a Dios, dependiente de Dios. Hay pues, bien considerada la naturaleza humana, relaciones para con su Hacedor: no es por consiguiente libre en materia de religión. No, ni el hombre ni criatura alguna puede desentenderse de Dios. «La creación, dice el Marqués de Valdegamas recordando las divinas Teosofías de Platón, aunque con más verdad, la creación es a manera de un círculo; Dios es bajo un punto de vista su circunferencia, bajo otro punto de vista su centro; como centro la atrae, como circunferencia la contiene. La libertad de los seres inteligentes y libres está en huir de la circunferencia, que es Dios para ir a dar en Dios, que es el centro, y en huir del centro que es Dios, para ir a dar en Dios que es la circunferencia. Nadie empero es poderoso para dilatarse más que la circunferencia ni para encogerse más que el centro ¿qué ángel hay tan potente, qué hombre tan osado que se atreva a romper ese gran círculo que Dios trazó con su dedo?

Y henos de lleno en nuestra cuestión: si no es lícito prescindir del culto de Dios ¿hasta qué límites se extiende la libertad de cultos? Primeramente el individuo en el estado de religión natural o alejado de las luces de la revelada tiene un derecho y una obligación, derecho de averiguar sus relaciones y deberes verdaderos y obligación de poner los medios para perfeccionar sus conocimientos sobre su Criador. Y ninguna fuerza exterior puede imponerle religión alguna sin su consentimiento: porque la criatura racional es ante todo y sobre todo libre por esencia; y esta libertad sólo la ley la puede coartar, y la ley tiene que ser conocida: de donde siempre queda con derecho a inquirir; derecho a que no puede renunciar, si en virtud de su misma naturaleza está obligado por ley anterior a su voluntad a obrar recta y ordenadamente en los actos de entendimien-

to y voluntad. En cuanto a las manifestaciones del culto debido a Dios en el estado de la religión natural, puede lícitamente hacerse por toda clase de ritos y ceremonias que en sí no sean contra la naturaleza, porque en tal caso la ley natural no manda sino que el hombre se incline ante Dios y le adore, mas permanece muda sobre la manera de hacerlo.

En esto apenas hay dificultad; pero donde nuestros adversarios de ordinario nada conocedores de la Religión revelada, se escandalizan y ponen el grito en los cielos es ante las consecuencias, en su sentir injustas y tiránicas, que se siguen del dogma católico sobre la necesidad absoluta de admitir el culto de la Iglesia Romana. El filósofo de Ginebra (llamémosle así) místico a veces a primera vista en sus cartas con misticismo escéptico en ética, aunque no lo parezca, seductor y hasta ingenuo calculadamente en su Emilio, siempre tan mortífero y letal como apasionado y elocuente admite, sí, la absoluta necesidad de una religión, cuando en su Emilio escribe: «El olvido de la Religión conduce al olvido de los deberes del hombre. No creo que pueda ser uno virtuoso si no tiene Religión. Mucho tiempo creí lo contrario engañado de una ilusión fascinadora, pero hoy estoy desengañado». Mas la piedad de nuestro moralista se indigna al oír que el hombre no es libre «absolutamente» para seguir en esto su propio parecer. Siempre las aguas del ameno y voluptuoso lago de Ginebra fueron hostiles a la nave de Pedro. «No permita Dios, exclama con religiosa hipocresía por boca de su Vicario Saboyano, que yo predique a los hombres el cruel dogma de la intolerancia. Si existiera una religión en la tierra fuera de la cual no hubiera más que penas eternas, y que en cualquier lugar del mundo un solo mortal no fuese herido de su evidencia, el Dios de semejante Religión sería el más inicuo y cruel de los tiranos.» Y sin embargo Rousseau se engañó también en su Emilio, como se había engañado demasiadas veces en las apodícticas proposiciones del «Contrato Social», y falseó la educación de su pobre salvaje sencillo y amante de la verdad todo cuanto quiera. Pero a fin de orientarnos mejor en este nuevo aspecto de la cuestión descendamos un poco y empecemos con orden el examen de este punto.

Hasta aquí el hombre, sin más conocimiento de la voluntad de Dios, cuyo siervo es, que el obtenido por la lumbre de la razón, no tenía otros deberes que los manifestados por ella; pero el Hijo del hombre precedido de las profecías y acompañado del milagro ha bajado del cielo a concretarnos el derecho natural con el positivo. «La

gloria del Dios de Israel, como escribe el célebre autor del «Discurso sobre la Historia Universal», se ha aparecido entre nosotros, y el velo que cubría las verdades de la vida futura ha sido descorrido por Jesucristo. A este Cristo, a este Hombre-Dios, a este hombre, que en frase de San Agustín tiene en la tierra la cátedra de la verdad, y que nos la hace ver habitar personalmente en medio de nosotros, a ese repito está reservado mostrarnos la verdad.» «Tiene El sus escogidos en todo el mundo, añade poco más abajo, y su Iglesia esparcida por todo el universo jamás cesará en su fecundidad. Id, les dice, enseñad a todas las naciones, y bautizadles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadles a guardar todo lo que os tengo enseñado, y yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Ante este hecho históricamente irrecusable de la Revelación ¿qué conducta debe seguir el pobre salvaje de Rousseau? ¿Podrá impunemente permanecer indiferente, dejar de investigar los fundamentos y bases de este hecho y después de investigados, y convencido de su existencia puede continuar en las prácticas rectas de la ley natural o abrazar otra cualquiera Religión aunque sea la cristiana protestante? Un tomo y bien nutrido se necesitaría para responder, si ésto se había de hacer llevando paralelamente a la refutación filosófica, la histórico-crítica, como lo demuestran los tres tomos de las Variaciones del águila de Meaux.

No apartemos jamás la vista de la naturaleza humana, y en ella descubriremos la solución. «Figurémonos, dice Nicolás Augusto en su erudita obra *«Estudios Filosóficos sobre el Cristianismo»* el salvaje de Rousseau, este hombre, aun antes de averiguar la revelación pertenece a Jesucristo y su Iglesia, porque sigue en cuanto le es posible la razón humana.» Ya poco más arriba dijimos la necesidad que uno tiene de averiguar la voluntad de Dios de quien absoluta e incondicionalmente depende, por esto cualquiera que oiga sonar a su alrededor, la especie de revelación, en virtud de su misma naturaleza está en el deber de inquirir sobre este hecho, examinarlo, estudiarlo. Permanecer en este punto indiferente es violar una ley natural, es despreciar la autoridad de Dios, como el súbdito que oyendo haber emanado del Rey un decreto para sí, lo echara en olvido y procurara prescindir en su vida de él. Tenemos, según ésto que el hombre no es libre en inquirir o no sobre el hecho de la revelación, y la razón no puede ser más sencilla. En el supuesto de que Dios haya manifestado una religión como necesaria y obligatoria, quiere que todos absoluta-

mente la observen, y en esto implícitamente obliga a enterarse de ella.

Aquí nos sale al paso una dificultad; pudo Dios revelar una religión en especial como mejor, aunque no sea absolutamente imprescindible, como de hecho nos enseñó los consejos evangélicos que, aunque conducen a la salvación no son con todo necesarios.

Pero o mucho me equivoco o la dificultad en nada se roza con nuestra tesis, porque de ella se sigue sí que, una vez cerciorado de la no absoluta necesidad de un culto determinado, le puedas dejar; pero no que no estés obligado a averiguarlo; porque para esto basta que Dios lo haya podido revelar; porque si pudo, quizás lo hizo, y si lo hizo, es el único medio que tienes para salvarte; y en esto no eres libre, en exponerte a un peligro próximo de condenarte. Y nótese que nos hemos puesto en el caso más extremo, porque hoy día al menos, a causa de estar tan extendido el comercio y tan libres la comunicación de ideas, (si se exceptúan los pueblos salvajes que están en el caso de error invencible) no hay apenas persona civilizada o al menos no hay enemigo nuestro que no tenga noticia por lo menos vaga y confusa de la religión revelada; está pues, si es verdad lo que acabo de decir, obligado a inquirir.

Por lo demás aún el menos avisado echa de ver que esta obligación sería una vaciedad y mejor un contrasentido; si después de verificadas las convenientes averiguaciones, y convencido de la autenticidad del culto revelado, pudiera quedar con dominio para desecharle o abrazarle. No, el autor de la naturaleza y de la ley natural no es padre de contradicciones ni de absurdos, y ¿qué otra cosa sería mandar por una parte inquirir en el hecho de la Religión si después de inquirido, no obliga a admitirlo? Pero otra vez volvemos a tropezar con los aspavientos del Vicario Saboyano de Rousseau, que se horroriza ante el injusto precepto de impulsar ni violentar a su pobre salvaje, tan bueno, tan benéfico y buscando siempre la verdad, dejémosle vagar con su plácida candidez por los bosques, y cuando a los 18 o 19 años la razón sin ningún influjo del exterior se determine por un culto, ese será el verdadero, el natural; puede en él vivir rectamente y salvarse en brazos siempre de la madre naturaleza. Aquí el gran revolucionario social, que más o menos conscientemente alzó sobre la cabeza de Luis XVI el brazo armado del despotismo y que torció la orientación de la sociedad más que los mismos enciclopedistas, él mismo se ha puesto el pie a la garganta. Quiere que su pobre educando no está obligado a una religión especial, y nos da por razón que en la natural en que está es

bueno, benéfico y no busca más que la verdad. Darmito aquí, Rousseau, tu perspicacia y destreza sino tu mala intención porque, como agudamente le observa Nicolás Augusto, ese pobre salvaje tan bueno, tan benéfico, y que no busca más que la verdad, al oír al misionero exponer los misterios de la Cruz y las enseñanzas del Redentor, se podría apostar que abrazará «con la más viva ternura la cruz en que Jesucristo murió por él y con ella todas las virtudes y prácticas del cristianismo, y si los rechaza, y quiere continuar en las preocupaciones y deberes de antes; desde este momento ese salvaje está fuera de la Iglesia y de las condiciones de la salvación. Y ¿cómo es esto, preguntaría, supuesto que lleva el mismo género de vida? No, no es exacto, su vida no es la misma; antes de la llegada del misionero buscaba la verdad, y la seguía todo lo lejos que se le ofrecía, y después que esta verdad se ha aumentado y va marchando delante de él ha dejado de buscarla y seguirla». He transcrito el párrafo íntegro por cortar de un tajo el nudo de la presente dificultad y de otras análogas que se pudieran hacer entre la Religión católica y las falsas. Es lo mismo, exactamente lo mismo que dice el Padre Minteguiaga en su sólida aunque algo descolorida obra de la «*moral independiente*». En la hipótesis verificada de la revelación, la razón puede decir al hombre de un modo absoluto y categórico: «El orden dicta que hagas esto o lo otro en orden a la religión revelada, el orden exige que la aceptes que, te sometas al yugo de la religión sobrenatural, ¿por qué? porque nos encontramos con relaciones esenciales de la naturaleza racional con el orden objetivo, las cuales son la esfera propia del derecho natural.» Dios es la verdad infinita; Dios no puede engañarse, Dios no puede mentir; Dios no puede contradecir por la revelación lo que dijo en la creación por la ley natural; Dios, dice San Agustín, *non potest negare seipsum*. El mismo P. Minteguiaga, dejando por un momento su paso lento y severo; se levanta y exclama: «Entonces (en el caso de admitir la revelación) la lumbré caduca de nuestra mente se junta con la fuente de luz indeficiente y sustancial, los rayos de luz se comunican con el foco de donde manan, el arroyo con su rico y purísimo manantial.»

Nos resta únicamente aplicar los principios arriba expuestos a la práctica, y considerar los deberes y obligaciones del hombre en sus actos así internos como externos, o lo que es lo mismo, sus relaciones para con Dios por medio del culto interno y externo.

QUINTÍN PÉREZ.

(Continuará)